

Las razones del corazón

Fue una niña hermosa y rolliza, feliz mientras su madre la paseaba en el carro.

—¡Qué niña más linda! —decían algunos viandantes. Y la intuitiva Marta se esponjaba mirando con arrebatos a su madre.

Nadie podía sospechar que aquellas palabras herían en lo más profundo a su progenitora. “Solo miran a esta mocosa gorda. Parece que me he vuelto invisible desde que empujo este carro”. Y es que la madre de Marta nunca tuvo ni un ápice de instinto maternal. Se había quedado embarazada poco tiempo después de la boda, su marido tenía grandes deseos de ejercer la paternidad. Fue una experiencia terrible y se prometió no volver a pasar por ella. Con la excusa de retomar el trabajo dejó de pasear el carro y, desde entonces, se convirtió para Marta en un objeto de deseo alejado de sus regordetes de dedos. En la distancia, Marta creció admirando a la señora estupenda que, a diferencia de otras mamás, nunca fue a buscarla al colegio ni la besó por propia voluntad.

El cariño que le profesaba su padre le permitió compensar esa dolorosa indiferencia. Él sí la quería y jugaba con ella. Le divertían sus robustas pantorrillas, le pellizcaba los rojizos mofletes. Y reía feliz, aquel hombre cuidaría de ella, nunca permitiría que le pasara nada malo. Pero Marta creció y su padre no supo cómo relacionarse con aquella preadolescente gordita que reclamaba tanto su atención.

A los trece años, pensó que debía buscar la manera de complacer a su padre. Siempre había sido una niña fornida, sonrosada, e intuía ahora que aquello, motivo de orgullo cuando era pequeña, se había convertido en una vergüenza para él. Ya no la cogía de la mano por la calle, demasiado mayor, decía, y ella supo que quería decir demasiado grande. Voluminosa más bien. A su padre, un señor atildado y coqueto, le gustaba presumir de mujer e hija. Pero, con su tamaño actual, solo veía condescendencia en las miradas de los demás, cuando no reproche. Su padre no lo llevaba nada bien. Marta decidió ponerse a dieta.

Empezó a disminuir las raciones diarias de comida de forma sutil. Buscaba cualquier excusa para irse a dormir sin cenar, a veces le podía el hambre y se

levantaba en medio de la noche a desvalijar la nevera. Su sentimiento de culpa crecía parejo a su empeño en vomitar todo lo devorado. Efectivamente, perdió peso. La regla no le vino hasta los 16 años, aunque nadie se preocupó por ello. Simplemente se desarrollaba tarde.

Tarde y mal. Cuando perdió sus formas de niña tenía ya 20 años. Nunca tuvo mucho pecho, pero no le importó hasta que conoció a Juan. De nuevo un hombre la miraba. Más bien un muchacho, aunque a ella le parecía que aquellos ojos negros contenían toda la esencia de la hombría. Juan se parecía a su padre, pero más joven, más guapo. El aplomo y la seguridad de las que hacía gala resultaron irresistibles para Marta. Juan tardó mucho en mirarla. Cuando la abordó en la facultad, aprovechó para pedirle unos apuntes de clases a las que él no había podido asistir. Claro que se los iba a dejar, incluso lo podría ayudar con las asignaturas si él quería.

Una tarde de calor, Marta perdió la virginidad en el comedor del piso de Juan. Fue algo rápido, burdo. Para el muchacho, no significó nada; para ella, un mundo. Rememoró aquella tarde tantas veces que la acabó reconstruyendo según su deseo. Olvidó la realidad para convertirla en la mejor experiencia de su vida, envuelta en un amor y una ternura inexistentes. Olvidó el sudor, el asco y la sangre y solo recordó sus torpes caricias y besos babeantes.

Después de la primera vez, pasó unas cuantas tardes más con Juan. Exactamente las que él la buscó. Nada cambió en las maneras del chico, y ella siguió imaginando. Juan la dejó hacer. Le resultaba cómodo tener a aquella chica que le actualizaba los apuntes y le daba clases gratuita. Marta acabó por pasar mucho tiempo en su casa. Si Juan no acudía a clase, Marta le cedía todas sus notas sin rechistar. Si la casa de Juan estaba desordenada, Marta la limpiaba. Acabó ocupándose de todas aquellas cosas molestas. Y todo el esfuerzo recompensado con migajas de cariño y torpes encuentros sexuales, que la dejaban emocionalmente exhausta. Debía de ser amor, se decía la chica, si no ¿por qué la llamaba él cada día? ¿Por qué compartiría con ella la intimidad de su casa? Y cuanto más se integraba en la vida de Juan, más invisible se volvía. No podía quedarse a dormir, a Juan le resultaba difícil conciliar el sueño si compartía cama con alguien, decía. La realidad es que Juan vivía noches de juerga en las que ella no tenía cabida. Aquel

año Marta se despreocupó de su propia carrera para ayudarlo a él en la suya.

Un día, al finalizar el curso, Juan le dijo que no quería verla más. Que solo se la había follado para agradecerle sus apuntes. Ella no le gustaba. Era sosa y, lo peor, no tenía tetas. ¿Cómo iba a salir él con una chica que ni llevaba sujetador? Marta creyó morir. Juan aprobó sus asignaturas.

Cuando, a duras penas, acabó la facultad, buscó un trabajo. La primera inversión con su recién estrenado sueldo fue comprar un par de tetas. Una cien. El médico le aconsejó un par de tallas menos, pero Marta no estaba dispuesta a pasar desapercibida. Ningún hombre dejaría ahora de mirarla por no tener pecho. Así, Marta se convirtió en la mujer exuberante que nunca soñó ser.

Tuvo suerte en su primer trabajo, pudo entrar como ayudante de uno de los abogados del departamento jurídico en una empresa de transportes internacionales. Quizás, si se hubiera aplicado más, sus notas le habrían permitido aspirar a mejores puestos, aunque prefirió no pensar en ello. Era una multinacional y su departamento uno de los básicos de la empresa. Trabajaban cinco abogados con sus respectivos ayudantes, todos ellos a las órdenes de un jefe que, calculó Marta, no debía llegar a los cuarenta años y al que observaba cada día unos minutos cuando entraba en la oficina. Un hombre seguro de sí mismo, con autoridad.

Un día coincidieron en el ascensor. Ante su cara pasmada le preguntó si ella, Marta, estaba contenta con su nuevo trabajo. Le propuso quedar fuera de la oficina para charlar, sin las etiquetas de jefes y empleados. El corazón de Marta latió de nuevo bajo su talla cien. No daba crédito. Antonio quería quedar.

Ya se había rendido y todavía no había empezado la batalla. Para Antonio no fue difícil conocer íntimamente los pechos que le habían fascinado desde el día de su llegada. Le sorprendió la inocencia que se escondía detrás de aquel físico espectacular. A él le resultaba mucho más atractiva rubia y con el pelo corto, y Marta respondió a la primera insinuación adaptándose a ese cambio de imagen. Poco a poco, Antonio convirtió a Marta en su propio sueño erótico. Siempre disponible, complaciente, inteligente, no le causaba problemas y, antes de follársela, hasta podía mantener una conversación. Solo tuvo que contarle una versión adaptada de su vida. Ella le creyó sin cuestionar nada. Quería divorciarse

hacía un tiempo, pero su mujer estaba enferma y, con dos niños pequeños, ahora le resultaba imposible. Aunque solo admiraba a Marta, la única mujer con quien se acostaba. La historia duró cinco años, y todo ese tiempo Marta vivió la angustia de no poder llamar a la persona que amaba cuando la necesitaba. Sufrió Navidades y fiestas en soledad con su familia. Ella estaba comprometida y no se permitió dudas ni la posibilidad de ensanchar su vida o abrir su corazón.

Durante cinco años Marta fue fiel a una mentira sin piedad. Mantuvo su espléndida figura, su juventud, su atractivo físico solo para él. Accedió a transformarse en la mujer que él soñaba.

Su vida se limitaba a trabajar, ir al gimnasio y a esperar el día y el momento en que Antonio le enviara un mensaje para citarla en un hotel de la ciudad. Día, hora y lugar. Las esperas se tornaban largas y Marta las vivía con ansiedad. Cuando le preguntaba, Antonio confesaba que nada había cambiado, que deberían mantener el secreto unos meses más, quizá unos años. Pero al final, Marta, obtendría su recompensa: él.

Durante este tiempo ella cambió físicamente. A Antonio no le convencía su nariz y le pagó una rinoplastia con la que obtuvo una naricilla graciosa y respingona. Sus labios también ensancharon, aunque de forma discreta. Antonio la moldeó. Jugó a ser Dios y creó la mujer perfecta para su propio deleite. Con el tiempo, se dio cuenta de que ya no le resultaba atractiva. ¡Tanto artificio! Empezó a espaciar sus visitas.

Ya no le sonreía con complicidad al entrar en la oficina, por mucho que ella se esforzara en cruzarse con su mirada. No la buscaba para pedirle un café. Sus encuentros se fueron espaciando tanto como sus llamadas.

Un fin de semana, se cruzaron por la calle; iba acompañado por una mujer y una niña. Ni la señora parecía enferma, ni la relación entre ellos fría, distante y obligada. Y de los dos niños que siempre pensó que tenía, ni rastro. Todavía, el lunes, esperó una mirada suya, una justificación, una disculpa. Pero su indiferencia fue aplastante. Supo que jamás podría aspirar a ningún puesto mejor en la empresa.

Para su siguiente trabajo estaba preparada. Consiguió una pasantía en un

prestigioso bufete, un lugar donde nadie se podía fiar de nadie y competitividad era la palabra clave. No quería nuevos amigos y le sobraba tiempo, así que decidió dedicarlo a ser la mejor. Y a base de puñaladas y también de inteligencia, lo consiguió.

Con Rafa las cosas transcurrieron mucho mejor. Él también se enamoró de ella y le pidió matrimonio. Había pasado mucho tiempo. Marta se convirtió en una reconocida abogada, tanto por su falta de compasión como por su espléndido cuerpo. Dijo que sí. El día de su boda fue un cuento feliz. Por fin había llegado su príncipe. El zapatito entraría en su pie, aunque hubiese tenido que mutilarse dedos y talones.

La madre de Marta no ocultó su agrado, “parece mentira que te haya elegido a ti”, fue el piropo con el que obsequió a la resplandeciente novia. Ese día no le importó, lo único que tenía sentido residía en la mirada de aquellos ojos oscuros y el anillo resplandeciente en su mano. Ya no era rubia sino morena, Rafa se lo había pedido. Una larga melena caía por su espalda. También fue deseo suyo, y... ¡Era tan fácil complacerlo!

A pesar de que no era un buen momento profesional, se quedó embarazada. Él deseaba ser padre y ella no tenía nada que demostrar en su trabajo, le había dedicado bastante tiempo. Tanta ternura abrumaba a Marta y se sorprendió de lo rápido que se quedó embarazada. Sin embargo, No fue un período agradable. A pesar de la su felicidad, Rafa se distanció físicamente. “Claro, se imaginó, estoy poniéndome más gorda cada día. Es normal que deje de ver en mí a una mujer”. Las únicas caricias iban destinadas a su incipiente tripa primero, y a la exuberante barriga que se desarrolló con el paso de los meses, después. Lo cierto es que dejaron de hacer el amor, al principio por temor a un aborto y, después, con la tontería de que “no quiero que sea lo primero que mi hija conozca de su padre”. A ella le dolió. Rafa era un hombre muy fogoso, se lo había demostrado durante el tiempo que salieron juntos y al principio de su matrimonio. No creía que él fuera a prescindir del sexo durante más de un año. Empezó a espiarle. A registrar sus llamadas, a controlar sus horarios.

El nacimiento de María no solucionó las cosas. Aunque se le insinuó, él le dijo que era demasiado pronto para reanudar sus sesiones de sexo, su mujer debía estar

perfecta. Por primera vez en muchos años, Marta acudió a su madre. “Esfuerzo”, le recomendó. Ser la de antes, pesar lo mismo, ser deseable. Y Marta le hizo caso. Regresó al gimnasio, comió lo imprescindible para vivir y se gastó una fortuna en tratamientos estéticos relativamente eficaces. Pero seguía sin ser suficiente.

A Rafa le empezaban a ir bien las cosas en el trabajo y pasaba mucho tiempo allí. “Es necesario, tengo que cuidar mi profesión y más ahora que tú estás buscando trabajo”, le dijo. Él regresaba a casa justo para pasar un ratito con la pequeña y regordeta María, cenar rápidamente y encerrarse en su despacho. Marta sabía que Rafa no podía pasar todo aquel tiempo en la oficina, pero por mucho que paseó por las proximidades acompañada del bebé en su carro no obtuvo ningún indicio que avalara sus sospechas.

Hasta que un día lo consiguió: leyó un mensaje en el móvil de su marido donde lo citaban en una dirección. Sus piernas temblaron. Conocía perfectamente aquellas señas. Durante cinco años se había rendido allí cada vez que un mensaje como el que acababa de leer en el móvil de su marido aparecía en el suyo.

Marta, con su carro, se apostó enfrente del hotel varias horas antes y esperó. Rafa llegó y salió solo dos horas más tarde. Quizás había quedado con alguna de las mujeres que entraron antes o después de él, tal vez solo se tratara de una reunión de trabajo. Pero el mensaje lo había escrito una mujer. Marta decidió esforzarse más. Brazos y glúteos fueron sometidos a diferentes tratamientos. El pecho retocado para alzarse con garbo unos centímetros más. Papada eliminada, mentón perfilado. Un cuerpo que resaltaba su apretado vestuario.

Recuperó su despampanante figura. Un día, aferrada a su marido y paseando por la calle, ante las miradas poco disimuladas de hombres y mujeres con los que se cruzaba, él le soltó: “me da vergüenza salir contigo, eres una exagerada”.

Nadie entendió cómo un hombre de cuarenta y cinco años, aparentemente sano y feliz, pudo morir en tan poco tiempo. Es cierto que últimamente había engordado y que trabajaba mucho. Pero nadie esperaba un final así. Fue fulminante. Todos compadecieron a la hermosa viuda.

Solo ella, durante el entierro, recordó la angustia de su marido cuando la despertó en mitad de la noche anterior. Gemía recostado en el sofá del comedor

susurrando su nombre, desesperado en su petición de auxilio.

Solo ella sabía de la frialdad de su respuesta. Tras levantarse y verlo en el comedor había pulsado una y otra vez el botón de repetición del último mensaje del contestador automático: “Confirmamos su presencia mañana en la Clínica 9 de Octubre para someterse a una operación de extracción de costillas flotantes”.

Y mientras él moría, ella sonrió; sería la viuda perfecta.

@ Joana Chilet